

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Nuevas lecturas sobre viejos textos: De Excidio Urbis Romae de San Agustín.

Díaz Duckwen, María Luján (UNS).

Cita:

Díaz Duckwen, María Luján (UNS). (2007). *Nuevas lecturas sobre viejos textos: De Excidio Urbis Romae de San Agustín. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/799>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título: “**Nuevas lecturas sobre viejos textos: *De Excidio Urbis Romae* de San Agustín**”

Mesa Temática Abierta N°87: “El mundo medieval hoy o cómo interpretar la Edad Media en el siglo XXI: enfoques, temas y propuestas”

Universidad, Facultad y Dependencia: UNS - Departamento de Humanidades

Autor: **María Luján DÍAZ DUCKWEN**, Profesor auxiliar

Dirección, teléfono, y correo electrónico: D’Orbigny 1897, Bahía Blanca, (0291)-4819471, dduckwen_lujan@yahoo.com.ar

Introducción

El año 410 fue significativo para gran parte de los intelectuales enmarcados dentro de los límites romanos debido al saqueo de Roma en manos de los visigodos liderados por Alarico. San Agustín, representante del hombre antiguo por ser síntesis de las dos formas culturales vigentes en su época, paganismo y cristianismo, toma este suceso para comenzar el planteo de las respuestas que daría al mundo pagano respecto de la responsabilidad cristiana en el derribamiento de Roma, y al mundo cristiano que creía que un Imperio convertido jamás caería.

El trabajo que aquí presentamos tiene como objetivo recuperar las argumentaciones de un texto de San Agustín escasamente analizado por los estudiosos, señalar las diferentes partes que lo constituyen e integrarlo dentro de sus argumentaciones genéricas. El sermón *De Excidio Urbis Romae* fue uno de cuatro en total que predicó desde el púlpito de Hipona antes del final de ese año referente a dicha irrupción en Roma¹. El discurso de una homilía tenía como fin instruir a los fieles y por ello, ninguno de ellos, enfocan directamente los hechos como tales, sino que desarrollan y reflejan la peculiar especulación del autor sobre los

¹ Los sermones a los que hacemos referencia son: el número 81, el 105, el 296 y el que presentamos.

acontecimientos. Estas reflexiones son el punto de partida de lo que culminará siendo una de sus obras cumbres: *La Ciudad de Dios*.

San Agustín y su presente

San Agustín fue uno de los personajes históricos fundamentales de la historia. Sin duda, la época y el ambiente que le tocó afrontar definió su personalidad y su importancia para la posteridad, y la confluencia de numerosos factores coadyuvieron en la formación de su identidad. Peter Brown advirtió esto con claridad y lo expuso diciendo que “No solo vivió Agustín en una época de rápido y dramático cambio, sino que él mismo estaba constantemente cambiando”².

Su historia de vida comenzó en Tagaste, África, donde Agustín nació en el año 354, y finalizó en Hipona, lugar en el cual ejerció su ministerio y murió finalmente en el 430. Sus padres formaban parte de una clase social minoritaria que vivía lejos del campo, aunque éste constituía la riqueza y la importancia de la zona para el Imperio Romano. Latinas desde hacía siglos, las ciudades africanas contaban con las conocidas edificaciones romanas y sus innumerables ventajas culturales. De aquí que la educación recibida por Agustín haya sido la clásica, ligada exclusivamente a la literatura, tras lo cual llegó a ser profesor de Retórica. Sus pasos intelectuales lo derivaron en lo que se transformaría en uno de los pilares de su discurso: su amor por la sabiduría, a la que posteriormente cristianizó. Su vida espiritual tanto como su vida personal estuvo signada por las transformaciones. Convivió con una mujer con la cual tuvo a su único hijo, al que vería morir muy joven. Los lazos con su madre, Mónica, mujer sumamente piadosa, fueron fuertes, y posiblemente definitivos en su conversión. Su pasaje por el maniqueísmo, los conocimientos platónicos y otros, definieron en Agustín la forma en que después procesó intelectualmente su convicción religiosa. Lograría sintetizar de

² P. Brown, *Agustín de Hipona*, Madrid, 2001, p. 11.

manera increíble todo su bagaje cultural pagano con el cristianismo, adaptándolo a las características de su nueva fe y logrando razonamientos que lograrían ubicarlo entre los principales pensadores de toda la historia religiosa.

Su conversión, ubicada en el año 386, marca un punto de inflexión en su vida que conllevaron cambios en diferentes aspectos: religioso, en tanto Agustín entró en la Iglesia católica y recibió el bautismo; moral, porque se separó de su concubina, renunció al matrimonio y adoptó la regla de vida ascética; social, ya que abandonó su carrera de profesor y resignó sus ambiciones materiales; filosófico, pues adhirió al pensamiento neoplatónico y dejó el escepticismo de lado; cultural, sus convicciones cambiaron hacia la filosofía y al mismo tiempo la conversión entrañó un efecto de renovación total de su vida intelectual³.

Tras pasar algún tiempo como monje asceta, como correspondía a aquellos que se bautizaban, pasó a ser sacerdote y finalmente obispo de la diócesis de Hipona, desde donde tuvo que afrontar múltiples problemas como fueron: las distintas formas de herejía y, prácticamente al final de su vida, los pueblos vándalos que arribaron a África con el objetivo de transformarlo en su patria definitiva. Claramente las discusiones mantenidas en este contexto se tradujeron en numerosos escritos, sermones, cartas y obras que reflejan el pensamiento del obispo.

Henri-Iréné Marrou, al acentuar a principios del siglo XX la importancia del período que denominaríamos Antigüedad Tardía, observó atentamente a San Agustín como un exponente que dominó la época.

“ Por la extensión de su obra, la riqueza de sus enseñanzas, él ocupa un lugar preponderante en nuestra documentación. San Agustín es, con Cicerón, el hombre de la Antigüedad que más conocemos y mejor, y del que aprendimos más cosas. Por otra parte, la riqueza y la complejidad de su evolución intelectual

³ *Ibidem*, pp.164-165.

le da una importancia muy grande. Su vida nos ofrece un racconto de todos los aspectos esenciales de la evolución de esta civilización...”⁴.

Uno de los temas fundamentales que preocuparon al letrado surgió a raíz del acontecimiento que marcó las mentes contemporáneas: el saqueo de Roma realizado el 24 de agosto del año 410 por Alarico, rey de los godos.

“El mundo romano quedó conmocionado hasta los cimientos. Tras haber sido durante siglos dueña del mundo conocido, la gran capital imperial se había visto sometida a una incursión de saqueo y destrucción de proporciones épicas”⁵.

¿Cómo se llegó a esta situación? El siglo V representó para el Imperio Romano la culminación de una serie de cambios que habrían de transformar absolutamente su estructura política y administrativa. Una de las mutaciones más importantes procedieron del exterior: pueblos que durante centurias habían convivido con los romanos en sus fronteras en una situación de relativa estabilidad, se vieron obligados a moverse. El factor desencadenante resultaron ser los hunos. Grupo nómada proveniente de las regiones asiáticas, comenzaron a presionar violentamente. El resultado fue el quebrantamiento de los tratados de paz organizados entre los romanos y los diversos pueblos germanos. El primer clan que rompió los límites imperiales fue el de los godos, quienes suscitaron ataques implacables sobre la parte oriental del Imperio, provocando el surgimiento de una nueva relación entre las partes, más intensa que antes⁶. Con el correr de los años, los sucesivos intentos de llegar a acuerdos pacíficos fueron vanos, lo que derivó en el acercamiento godo a Italia y a Roma. Para el año 410, esta ciudad había sufrido dos sitios importantes que la habían hecho entrar en serias crisis internas. Alarico, jefe del pueblo germano en este momento, debía contener a sus

⁴ Henri-Irénée Marrou, *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, París, 1938, p. X (traducción propia)

⁵ Peter Heather, *La caída del Romano*, Barcelona, 2006, p. 249.

⁶ Peter Heather, *La caída del ...*, p. 221.

hombres que deseaban activamente formar parte del Imperio y de sus riquezas. También, cansados de andar vagando por el interior del territorio romano, requerían una zona donde asentarse. Las autoridades imperiales no habían querido ceder a las pretensiones generándose violencias impensadas. Las tropas godas ya no soportarían más negativas. El 24 de agosto del año 410 ingresaron finalmente a la ciudad y actuaron de acuerdo a lo esperable en su doble calidad de bárbaros y cristianos.

Roma, la denominada ciudad eterna, gozaba de gran prestigio debido a su largo pasado de victorias inquebrantables. Era la capital del territorio más vasto que pueblo alguno hubiese conseguido. La política romana había conseguido mantener en pie este mito, aunque los emperadores ya no vivían en ella. Roma constituía el símbolo del Imperio, y si bien continuaba recibiendo rentas imperiales en forma de alimentos gratuitos y de otros subsidios, ya no era su centro político o administrativo. Desde los siglos III y IV los nuevos núcleos de poder se asentaban cercanos a las fronteras y finalmente en el siglo IV las ciudades elegidas fueron Milán, lindante a Roma, y Tréveris, junto al Mosela, en Occidente, y Antioquia y Constantinopla en Oriente⁷.

Otra de las características que se había ido afirmando con el tiempo en las mentalidades paganas y cristianas era la eternidad de Roma. Su vida se contaba por siglos y, además de su política persistente y eficaz, Roma constituía una forma de vida civilizada, un mundo refinado y una sociedad inigualable. Esto fortaleció una profunda idealización de Roma, a la vez que la certeza de que su caída representaría la pérdida de todos los valores de la civilización. Precisamente este es el pensamiento de Jerónimo, expresada así:

⁷ Las necesidades surgidas en territorios fronterizos y la lentitud de la información y órdenes posibilitaron estos cambios respecto de Roma como capital. Empero la transformación de fondo había sido que el senado ya no poseía el poder de antaño, y el emperador debía redistribuir la riqueza pero ya no circunscripta tan solo a Roma sino que, por diversas situaciones, se extendió a los lugares donde estaban los respaldos políticos. Estos postulados forman parte de la tesis de Peter Heather, *La caída del...*, pp. 47 y ss..

“He escuchado un terrible rumor; mi espíritu está confundido; al caer una sola ciudad ha caído el mundo; largo tiempo permanecí callado, conciente de que había llegado el momento de llorar; ¿qué está a salvo si Roma perece?”⁸.

Las respuestas de los hombres antiguos a cómo había sobrevivido por tanto tiempo Roma eran básicamente dos. Por un lado los romanos pusieron el acento en la religión y las costumbres tradicionales, a la par que la política. Polibio había afirmado que la superioridad política romana se debía a la constitución mixta de su gobierno en tiempos de la República. Luego, cuando se instauró el Imperio y la ideología oficial augusta, el monarca se convirtió en garante de las relaciones con las divinidades y así aseguraba el destino de Roma. En tiempos de San Agustín, se pensaba que la ciudad “se hallaba protegida por los templos y la guarda de la religión patria era la garantía de la seguridad de todos los ciudadanos y de la grandeza del Imperio”⁹. Claramente puede entenderse que la entrada de los invasores a la ciudad derribó todas estas concepciones e introdujo a buena parte de la población en una gran desesperanza. Esto había sido acompañado por una crítica fuerte entre los mismos paganos debido a que había habido un grave deterioro de la vida cívico-religiosa. Otra causa para la progresiva decadencia general eran los cristianos. Desde la transformación iniciada por Constantino, la religión nacional había declinado, a la vez que sus cultos, e incluso la persecución se había invertido siendo el cristianismo el que promovía las mismas contra aquella. Era evidente que el saqueo era un castigo justo por el abandono a los dioses patrios y por los emperadores cristianos.

Por otro lado los seguidores de Cristo inmersos en el mundo imperial tuvieron dificultades al principio para incluir la historia de Roma en el marco bíblico, pero luego “la separación progresiva de cristianos y judíos, y el sentimiento de originalidad y de

⁸ Rubén Florio, *Transformaciones del héroe y el viaje heroico en el Peristephanon de Prudencio*, Bahía Blanca, 2001, p. 20.

⁹ Francisco Javier Lomas, “El Imperio Cristiano”, en: Manuel Sotomayor y José Fernández Ubiña (coords.) *Historia del Cristianismo. I- El mundo antiguo*, Madrid, 2003, p. 519.

superioridad histórica del modelo imperial romano lleva a los cristianos a modificar sus puntos de vista”¹⁰. Incluso se evaluaron explicaciones diferentes según fuera los cristianos orientales o los occidentales los que las realizaran. Las primeras subordinaron la existencia del Imperio al cristianismo, aplicando una causa final. En cambio, los latinos encontraron una República dominada por las virtudes de los antiguos, y un Imperio destinado a beneficiar la difusión del cristianismo, lo cual resultó en diversas causalidades según quién interpretara la historia. Prudencio y San Agustín fueron quienes lograron dar mayor coherencia a las explicaciones. Ya Prudencio había proporcionado la responsabilidad de las victorias romanas en el pasado a sus dioses, y esto fue condición necesaria para la venida de Cristo durante la paz del Imperio. “...las dos grandes fases, las conquistas de la República, después la gestión imperial, son explicadas por la voluntad divina de realizar la unidad y la paz de la humanidad para coronar todo por la difusión de la enseñanza evangélica”¹¹. Todo este sistema, sin duda esperanzador, se diluyó ante el avance de las invasiones y, particularmente, el saqueo de Roma del año 410. Los mismos creyentes se sintieron enormemente decepcionados y no podían explicar cómo un Imperio cristiano había podido sufrir semejantes embates.

La posición de Agustín, por lo tanto, introdujo un giro para explicar los sucesos. Retomó las ideas de las virtudes romanas y de la paz en tanto escenario para la venida de Cristo, y para justificar la construcción de este gran poderío. El combatió la noción de *destino* de los filósofos diciendo que ningún imperio dura para siempre. Conforme a este planteo, si uno miraba la historia había habido imperios en todas las épocas, y, sin embargo, todos habían desaparecido. Y la causa fundamental la puso en Dios. Agustín afirmó la pujanza y la presencia de Dios en la historia: él es quien la dirigió y dirige, y decide quién va a continuar y

¹⁰ Hervé Inglebert, “Les causes de l’existence de l’Empire romain selon les auteurs chrétiens des IIIe-Ve siècle”, en: *Latomus*, Bruselas, 1995, tomo 54, p.23 (traducción propia). Resulta sumamente original su propuesta de análisis de las explicaciones causales de la existencia del Imperio Romano, especialmente en autores cristianos, en términos de causas aristotélicas, las cuales, ella argumenta, eran conocidas y utilizadas por los letrados de la época antigua.

¹¹ *Ibidem*, p. 38.

quién no, y quién va a recibir castigos y cuáles. Roma tuvo su grandeza gracias a sus cualidades humanas, lo que equivaldría a una clase de recompensa terrenal, y para los creyentes era la garantía de la justicia y la recompensa divina. Dios había querido al Imperio Romano aunque quizá no para siempre, porque la duración de los reinos no tenía ninguna importancia para los cristianos. Las esperanzas no debían centrarse en lo terrenal, lo efímero y que consecuentemente pasará. Lo verdadero y eterno estaba en la ciudad celestial, que sería el premio de aquellos que ejerciten las conductas cristianas en el mundo.

La siguiente concepción que mantiene es que considera al orbe un anciano. Compara al universo con el hombre, el cual atraviesa diferentes edades biológicas: nace, crece y envejece. Todo lo que había sobrevenido en su tiempo eran signos manifiestos de la edad que estaba viviendo.

El saqueo de Roma

Las noticias que tenemos acerca del saqueo de Roma no abundan, sin embargo, no caben dudas con todo lo dicho, que significó un golpe fuerte tanto para los cristianos como para los paganos. Se tienen historias fragmentadas de lo ocurrido esos tres días en concreto. Alarico era un cristiano arriano, lo cual matizó positivamente los hechos relatados por una de las versiones más completas, que sumadas a otras, historiadores como Isidoro de Sevilla continuaron: la de Orosio. Su obra se denomina *Historias*, consta de siete libros, y el último tiene un capítulo referido al saqueo de Roma. Este personaje pertenecía a la aristocracia hispana y su huida a África situada en 414 se debió al avance de los vándalos sobre la península. En este contexto se reúne con San Agustín, quien le pide que escriba una historia universal.

Orosio incorporó la historia de Roma en una historia integral de los imperios del mundo. La existencia de este gigante romano estaba prevista dado que iba a ser el lugar de

nacimiento de Cristo. Sin embargo, el destino de la ciudad ya no contenía ese optimismo que vimos en los autores anteriores, puesto que al autor no le sorprende su ataque en manos bárbaras. Relata los acontecimientos dando ciertas precisiones. Ellos son: el respeto a los lugares sagrados y a las personas que se allí ocultas; el recato ante los vasos sagrados de San Pedro y la tolerancia a una procesión cristiana que a su alrededor se originó; el temor a Dios por parte de los godos que impidieron una violencia desenfrenada sobre la ciudad; los escasos incendios ocasionados. Empero, la cuestión de la defensa a los cristianos arrianos predomina en el discurso¹².

Agustín obtuvo datos aunque no sabemos cuántos, puesto que en África se recibieron a algunos exiliados romanos. Es seguro que no le interesó defender a los godos. Estas son las escasas palabras que dice al respecto. “...de la ciudad de Roma ¡cuántos salieron y volverán; cuántos se quedaron y se han librado; cuántos ni siquiera pudieron ser tocados en los santos lugares!...” “...muchos fueron llevados cautivos... muchos fueron muertos...”¹³. Este párrafo tiene ciertas similitudes con el relato de Orosio, pero su perspectiva es más imparcial.

“Nos han anunciado cosas horrendas. Exterminios, incendios, asesinatos, torturas de los hombres. Ciertamente que hemos oído muchos relatos escalofriantes; hemos gemido sobre todas las desgracias; con frecuencia hemos derramado lágrimas, sin apenas tener consuelo. Sí, no lo desmiento, no niego que hemos oído enormes males, que se han cometido atrocidades en la gran Roma”¹⁴.

¹² Orosio, *Historias*, Introducción, traducción y notas de Eustaquio Sánchez Salor, Madrid, 1982, tomo 2, Libros V-VII, pp. 267 y ss. La visión positiva de los visigodos se trasladará directamente a Isidoro de Sevilla, aunque las intenciones son totalmente diferentes.

¹³ San Agustín, “De Urbis Excidio”, en *Obras completas de San Agustín*, Introducción, versión, notas e índice de Teodoro Madrid, Madrid, 1995, tomo XL, p. 518. En la versión latina del *Corpus Christianorum*, Brepols, 1969, tomo XLVI, el texto se denomina *De Excidio Urbis Romae Sermo*, del cual hemos extraído el nombre para nuestro trabajo.

¹⁴ *Ibidem*, p. 519.

Acontecimientos tan disímiles lograron movilizarlo interiormente en busca de explicaciones. El sermón *De Excidio Urbis Romae* está dividido en nueve puntos, donde desarrolla algunas de sus explicaciones. Las lecturas de la Biblia aparecen en primer lugar, y Daniel, Noé y Job son quienes lo hacen reflexionar acerca de los pecados y los pecadores. Presenta a estos tres hombres como a una estirpe de hombres justos que a pesar de su condición no están exceptuados de cometer pecados o bien de sufrir males terrenales de los peores. “¿Quién va a creerse sin pecado, cuando Daniel confiesa sus propios pecados?”... o bien “¿Quién va a gloriarse de que su corazón es casto o quién se vanagloriará de que está limpio de pecado?”¹⁵ se pregunta, para luego revelar que:

“...cuando Dios castiga al género humano y lo acosa piadosamente con flagelos de castigo, ejercitando, antes del juicio, la disciplina y, frecuentemente, sin seleccionar al que castiga... Efectivamente, flagela al mismo tiempo a justos e injustos, pero ¿quién es justo si Daniel confiesa los propios pecados?”¹⁶

Dos componentes de su discurso aparecen acá para resaltar: primeramente la idea de que ninguna persona o lugar, sea justo o injusto, carece de pecado. Hasta los hombres santos reconocen ante Dios que han pecado. En segundo lugar, Dios castiga sin elegir a quién, y con una finalidad: el disciplinamiento interior.

Ni siquiera un hombre santo como Job pudo evitar las duras pruebas y las tentaciones que Dios le envió. Debió soportar las pérdidas de todos los bienes materiales que poseía, de sus hijos y de sufrir en carne propia los avatares de una enfermedad que en vida le ocasionaba su putrefacción. Las palabras de su mujer que lo incitaban a que renegase de Dios por los males que lo acosaban no consiguieron hacerle salir ni un pensamiento adverso. Por el contrario, reconoció que su situación dependía de una de las mejores virtudes que tienen los hombres: la voluntad. En ella está la elección de las acciones, y el aplacamiento del espíritu

¹⁵ *Ibidem*, pp. 515 y 516.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 516 y 517.

impuesto por los agobios que envía el Creador. Los teólogos denominan a este concepto libre albedrío.

Además, se ama al Señor cuando nos colma de bendiciones y de felicidades, y ¿por qué no cuando corrige? “¿No es el Padre tanto cuando promete la vida como cuando impone la disciplina?”¹⁷ El amor hacia él no tiene que estar limitado a los beneficios o perjuicios de nuestra vida terrenal, las que precisamente fueron enviadas con una finalidad edificante. Asimismo, las penas físicas tienen otra contrapartida: se las debe pensar en tanto su finitud, por ser pasajeras, efímeras, como todo lo material. Estos tormentos son solo muestras de aquellos que en el infierno son eternos.

Referente a la ciudad eterna, Agustín consuma otras relaciones aplicando nuevamente la Biblia. Este sermón recobra la descripción que recuerda a Sodoma y a Abraham en el peor castigo inflingido por Dios a una ciudad. La llamada del santo que intentó en vano salvarla, no porque su oración fuera desoída sino porque no había en esa urbe una sola persona por la cual Dios decidiera cambiar su decisión, es la parte más recordada. Y aparece en correspondencia a la ciudad de Roma porque ésta era cristiana y en ella vivían personas que seguían los ideales religiosos.

“...cuando Abrahán suplica al Señor que, si encuentra en la ciudad cincuenta justos, perdone a la ciudad por ellos, o ¡va a perder a toda la ciudad con ellos! Y el Señor le contesta que, si encuentra en la ciudad cincuenta justos, va a perdonar a la ciudad. Abrahán sigue suplicando, y pregunta que si faltan cinco, y son cuarenta y cinco... Y Abrahán, suplicando, va rebajando gradualmente desde ese número hasta diez,... y pide al Señor que, si encontrare a diez justos en la ciudad, ¿va a perderlos con los demás malos aunque sean innumerables, o más

¹⁷ *Ibíd.*, p. 521.

bien, va a perdonar a toda la ciudad por los diez justos? Dios le responde que aun entonces no va a perder a toda la ciudad por los diez justos”¹⁸.

A continuación aplica esta misma lógica para preguntarse si en Roma no había siquiera entre cincuenta y diez justos. “Entre tantos fieles, tantos consagrados, tantos continentes, tan numerosos siervos y siervas de Dios, ¿no han podido contarse ni cincuenta justos, ni cuarenta, ni treinta ni veinte, incluso ni diez?”¹⁹ Reconociendo la imposibilidad de esta situación, finalmente llega a la siguiente conclusión:

“Sodoma fue completamente consumida por el fuego, porque no la reservó para el juicio, sino que ejercitó en ella lo que reservó en otros malos para el juicio. En suma, ninguno se salvó de Sodoma... En cambio, de la ciudad de Roma ¿cuántos salieron y volverán; cuántos se quedaron y se han librado; cuántos ni siquiera pudieron ser tocados en los lugares santos!”²⁰.

Agustín recapitula y proclama la supervivencia de Roma, de una ciudad que él mismo desea que continúe en pie y que ésta no sea su momento final, aunque todo lo terrenal vaya a desaparecer. “Quizá no lo es [su última hora], y un cierto género de cobardía, o la piedad, o nuestra miseria nos hacen desear vehementemente que no lo sea”²¹.

En resumen, él defiende el concepto de que la ciudad fue castigada aunque no perdida totalmente. La posibilidad de arrepentimiento, corrección, disciplinamiento, están impresas en este mensaje agustiniano.

Por otra parte, aparece relatado un episodio ocurrido en Constantinopla, “siendo Arcadio emperador”²², que Agustín vincula a lo anterior. La ciudad entera, habiendo cumplido arrepentimiento y oraciones para evitar el castigo advertido por Dios, debió igualmente salir

¹⁸ *Ibidem*, p. 517.

¹⁹ *Ibidem*, p. 518.

²⁰ *Ibidem*, p. 518.

²¹ San Agustín, “Sermón 105”, en *Obras de San Agustín en edición bilingüe*, bajo la dirección del P. Felix Garcia, Madrid, BAC, 1952, tomo X, p. 487.

²² San Agustín, “De Urbis...”, pp. 525 y ss.

de la misma porque el castigo estaba en camino. Y aunque a último momento desistió Dios de cumplirlo, el mensaje fue manifiesto: nadie quedaba exento de las pruebas divinas.

Para finalizar, acude a la imagen de Cristo. El mismo Hijo de Dios fue enviado para ser martirizado como cualquiera de los hombres. En este contexto, ¿quién puede estar libre de los sinsabores terrenales?

El Rey de reyes y Señor de señores, apresado, atado, flagelado, zarandeado con toda clase de afrentas, colgado y clavado en una cruz, muerto... Pon en balanza a Roma con Cristo, sopesa la tierra entera y a Cristo... y, sin embargo, fue tenido en nada por los perseguidores. Soportemos, entonces lo que Dios tenga permitido que soportemos”²³.

La ciudad de Roma es una ciudad más, su imperio y su gobierno cumplieron con un destino prefijado: el nacimiento y la difusión del mensaje de Jesucristo. Cinco siglos después, la disposición divina y la voluntad de los hombres pudieron torcer esta historia en un saqueo que, como después quedó demostrado, sería el comienzo del fin.

Conclusiones finales

A lo largo de la revisión del sermón *De Excidio Urbis Romae* hemos podido apreciar los lineamientos principales del pensamiento de san Agustín, presentes asimismo en otros documentos.

Si repasamos los puntos fundamentales veremos su preocupación por justificar el castigo que sufrió Roma. No ve en esta prueba, en la que reconoce dureza y dolor, ni el final de la ciudad ni el de la civilización romana. Su doble condición de hombre y de romano, tampoco le permiten desear que así sea, aunque está convencido que el mundo está pasando por su etapa final.

²³ *Ibidem*, p. 529.

A Roma debía ocurrirle aquello que era capaz de soportar, un castigo ejemplar para un lugar que se pensaba exceptuado de sufrir calamidades. Sus casi nueve siglos incólumes, sin sufrir ningún tipo de asalto en manos enemigas, eran su comprobación. Los monarcas cristianos, su accionar religioso, la pronta conversión de toda la población, incluso la creencia de que San Pedro y San Pablo estaban enterrados en la metrópoli²⁴, la hacían prácticamente intocable desde todo punto de vista.

Dios, como conductor único de la historia de la humanidad, es el que permite o no que ocurran ciertos hechos. Tal como queda demostrado por el propio devenir del cristianismo, Cristo, como Hijo de Dios, fue el elegido para atravesar las torturas más difíciles y más indignas de su tiempo. Roma no tenía ninguna razón para quedar fuera de algún tipo de castigo si así había sido dispuesto. Empero, la ciudad no desapareció, quedó verdaderamente herida pero viva para poder revertir sus ignominiosas acciones.

La característica distintiva de este texto es la utilización de largos episodios del Antiguo y del Nuevo Testamento, a partir de los cuales arma la concatenación de argumentaciones. El relato del pasaje de Abrahán ante el inminente castigo a Sodoma y los sufrimientos del santo Job, fueron los elegidos para desarrollar los puntos citados. Y del mismo modo aparece la extraña narración de lo acaecido en la ciudad de Constantinopla, un hecho mucho más reciente pero que igual relaciona directamente con el tema. En los otros sermones aparecen citas concretas y frecuentemente cortas de frases de la Biblia en los momentos que él considera acertado disponerlas, además de material pagano que da cuenta de su amplio saber. El aporte de personajes o acontecimientos contemporáneos o del pasado reciente sirven a su argumentación, no obstante son citados escuetamente. Los sermones contribuyen en mayor medida a desarrollar en mayor abundancia los pensamientos de Agustín, en tanto que en éste se asumen sólo algunos de los temas.

²⁴ Este argumento forma parte del sermón 296.

De Excidio Urbis Romae nos parece un texto sugestivo. Dejado de lado a menudo por los historiadores, quizá por la carencia de datos concretos acerca del momento crucial del año 410, aporta datos precisos sobre el pensamiento de San Agustín. Nos demuestra su atención por abrir las Escrituras a la población, hacerlas accesibles e interpretar su presente teniendo a Dios por medio, aprendiendo de sus mensajes pasados. Ciertamente, “Tenía una memoria portentosa, una atención tenáz para el detalle, un arte de abrir el corazón que aún nos conmueve...”²⁵.

Su obra, hoy por hoy, sigue constituyendo uno de los eslabones fundamentales para comprender el significado de los hechos históricos pasados bajo la piel del hombre antiguo. Es por ello que *De Excidio Urbis Romae* nos coloca nuevamente ante el desafío de comprender la complejidad de un momento y de un hombre tan significativos, como lo fueron la devastación de Roma por los visigodos y la figura de San Agustín.

²⁵ Peter Brown, *Agustín de...*, p. 40.